

LA SOBERANÍA DEL CONSUMIDOR CONDUCE A UN RÁPIDO DESARROLLO ECONÓMICO

Por el Profesor B. R. Shenoy, Director de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Gujarat, en Ahmedabad, India, y distinguido economista indio.

Durante sus viajes a través de la India, el profesor J. K. Galbraith ha hablado repetidamente en favor de la planeación económica. En una conferencia de prensa celebrada en Ahmedabad habló sobre los temores que se habían expresado «en algunos círculos de la India», en el sentido de que el ritmo de nuestra planeación podría llevarnos a un régimen autoritario. El profesor Galbraith afirmó que «la falta de planeación» en los países subdesarrollados «representaba una mayor posibilidad para el establecimiento de un régimen autoritario que la que originaría una planeación apropiada».

Más aún, el profesor Galbraith ridiculizó tales temores diciendo que «siempre que alguien quiere censurar cualquier cosa, es casi seguro que se hable de dictadura». Luego continuó diciendo que no sólo la planeación, sino la propiedad pública en los medios de producción, los precios de garantía en el sector agrícola, los sindicatos y las grandes compañías, han sido señalados como precursores de las dictaduras en diversas épocas y por diversos grupos. Pero sus falsos gritos sólo han provocado falsas alarmas. Para evitar esta calamidad, agregó, era suficiente con «la profunda implantación del espíritu de la democracia, en las mentes de las personas y en sus instituciones».

La lógica en que descansa la convicción del Dr. Galbraith que es ampliamente compartida en la India es muy simple: un país que se enfrenta al problema de superar el estado de pobreza, para poder dar un mejor nivel de vida a las masas, está condenado al fracaso si no se planifica. Con el descontento que nace de un estado de miseria que no se remedia, es fácil que las masas pasen a ser fácil presa de las promesas del comunismo. Este peligro puede ser conjurado sólo por medio de una «apropiada planeación de los recursos».

Debe reconocerse de inmediato que el más grande problema al que se enfrentan los países subdesarrollados es el de su ancestral miseria. Todo lo demás depende de tal solución.

Es cierto que si se fracasa en resolver tal problema, podría sobrevenir un estado de inestabilidad social y política aun cuando debe decirse que esto se exagera frecuentemente. El problema está en saber si la cuestión central, o sea la erradicación de la pobreza, puede ser solucionada mejor y más rápidamente por medio de la planeación, tal como la hemos visto en acción durante la pasada década y tal como el Profesor Galbraith devoto de los planificadores en la India entiende el término. La respuesta debe referirse al problema de cómo obtener un máximo de producción con los escasos recursos de que se dispone, dado que solamente aumentando la producción puede acabarse con la pobreza, y mientras más rápido sea el aumento de la producción, más rápidamente se eliminará la miseria.

Ahora bien, cualquier programa para obtener el máximo de producción no puede ignorar el sistema de producción que actualmente prevalece en la economía de la India y el cual es extremadamente complejo.

El 50% de la producción es de tipo agrícola. El 70% de la población vive del campo. La producción agrícola proviene de 67 millones de agricultores privados y el promedio de la extensión de la tierra por familia es de 5.5 acres.

La producción de algodón constituye cerca del 36% del total de la producción industrial. Hay 478 fábricas textiles, 80 a 90 mil telares son automáticos y hay dos millones de telares manuales.

Por lo que respecta a los demás sectores, la producción corre a cargo de decenas de millones de talleres independientes. Solamente utilizando la aplanadora comunista este sistema de producción no puede cambiarse de la noche a la mañana.

Si queremos acelerar la producción deben adoptarse dos medidas:

1ro. La agricultura, la industria textil y las industrias productoras de artículos primarios que constituyen al grueso de la actividad productiva deben tener prioridad en los recursos productivos.

2do. La planeación centralizada, en el sentido de control estatal, sobre la distribución de los recursos, no es viable aun cuando ciertos burócratas piensen otra cosa. La planeación central sólo produce el caos y retarda el progreso, sobre todo cuando los planeadores tienen que enfrentarse con decenas de millones de pequeñas empresas repartidas en todo el país.

En la India hemos ignorado ambas soluciones en aras de la planificación. Bajo el Tercer Plan, el sector público dispuso del 65% de las inversiones. Bajo el Segundo Plan, había dispuesto sólo del 57%. Esta inversión se canalizó a la industria pesada, a los grandes proyectos hidroeléctricos fluviales y a costosísimas obras públicas de tipo social. Gran parte del resto de los recursos será también canalizado hacia la industria pesada y a aquellas industrias que producen bienes intermedios, o industrias de consumo no inmediato, pero a través del control del capital, mediante los permisos de importación, concesiones y cuotas de materias primas.

Esto deja muy pocos recursos por utilizar en la agricultura y para la producción de algodón y de otros bienes indispensables a las masas.

Los recursos que se han vertido hacia la industria pesada agregarán un 14% de su valor a la producción nacional, pero si se emplearan en industrias de bienes de consumo sería un agregado del 36% y del 65% si se emplearan en la agricultura.

El resultado de pretender desarrollar nuestra industria pesada a expensas de las industrias de consumo y a expensas de la agricultura, tiene dos aspectos:

El Ingreso Nacional de la India se ha elevado en la última década a razón del 3.5% anual y el consumo de alimentos y telas ha decrecido o está semiparalizado.

Si no hubiera planificación o sea la canalización forzosa de la inversión en costosos proyectos que implican gran desperdicio los recursos productivos fluirían a donde pudieran obtener la mayor remuneración en términos de producción y a través del mecanismo del mercado. Con ello se lograrían dos cosas: el Ingreso Nacional ascendería a una tasa anual de 8 al 10% y, además, la producción de bienes de consumo, o sea de alimentos y vestidos, aumentaría con el producto nacional en la medida que las inversiones en estos campos obtuvieran los más altos índices de producción, siempre que la actividad económica fuera controlada por el consumidor y no por la Comisión de planificación.

Lo anterior no quiere decir que bajo el sistema de mercado libre y soberanía del consumidor no haya lugar para la planificación y un programa ordenado. En el sector privado, la planificación se hace a través de las decisiones de las decenas de millones de unidades productoras, pero en el sector público, se hace a través del Estado.

El sector público debe limitarse al ejercicio de aquellas actividades que no pudieran ser efectivamente cumplidas por la iniciativa privada; por ejemplo, el velar por una moneda sana, régimen de derecho, transportes de tipo básico y comunicaciones, el control de las pesas y medidas, la salud pública. En concreto, el Estado no debe invadir el terreno del comercio o la industria e intervenir en la distribución de los recursos, porque ello equivale a dislocar la planeación de los millones de unidades productoras en detrimento del producto nacional y de la justicia social, y se causarían incontables sufrimientos en el panorama económico de la India, que ya es de extrema pobreza.

Así pues, «el descontento» y la explotación pueden producirse como un resultado lógico de la política económica y social que hoy prevalece y es más real el riesgo de «la dictadura» que el Profesor Galbraith piensa que podría evitarse al adoptar una planificación apropiada de nuestros recursos. Estos riesgos pueden evitarse sólo mediante la planificación que realiza el mercado libre bajo la soberanía del consumidor. La planeación a cargo del mercado libre ha producido maravillosos resultados en el terreno socioeconómico, dondequiera que ha sido puesta en práctica en el mundo de la posguerra. El primer milagro sucedió en Alemania Occidental, después en los otros países del mercado común europeo, Israel, Japón, Hong Kong, España y últimamente Filipinas. La impaciencia de Gran Bretaña para unirse al Mercado Común Europeo, aun corriendo el riesgo de terminar sus relaciones políticas con sus antiguas colonias, es una prueba más de la vitalidad de esta nueva política económica.

A Nueva Delhi no nos llegan las buenas nuevas respecto de esta reacción poderosa contra el estatismo. En las universidades todavía tenemos economistas que aún creen en las doctrinas del dirigismo que ya están pasadas de moda y todavía consideran a dicha teoría como un producto de la era nuclear. Los Galbraiths, Millinkans, Rostows y Wards, y los más notorios izquierdistas, como los Baloghs, Bettelheims, Langes y Robinsons (todos ellos amigos sinceros de la India, favoritos de nuestro gobierno), con sus opiniones, nos impiden apreciar el verdadero valor de las tremendas potencialidades de la planificación que realiza el mercado libre bajo la égida de la soberanía del consumidor. Los ilegítimos beneficiarios de la planeación, que ahora constituyen el poder detrás del trono y quienes, al mismo tiempo, son campeones de la prosperidad de las masas, constituyen otro gran inconveniente que debe superarse.

La salvación económica y social de la India no es posible, sino adoptando una política de libertad social y económica.

La tarea que tiene ante sí el político reformista es ciertamente abrumadora y es desde luego justificado musitar la siguiente oración: «Buen Dios, líbrame de mis amigos, que de mis enemigos yo sabré defenderme».